

CASA MUSEO UNAMUNO

(Pero sólo en "El acto y de apellidos tomo IV")

P.—Pero, ¿ha visto usted, don Juan? ¡Pues no cree que Daoiz y Velarde es el apellido compuesto de un solo hombre, como si dijéramos Espoz y Mina...!

R.—Y en cierto modo no le falta razón.

P.—Comprendo. Quieres decir que D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde estuvieron tan unidos, tan compenetrados en su hazaña, que formaron un solo hombre...

R.—No quiero decir eso. Don Francisco Espoz y Mina fué un hombre, y todo un hombre, fué un carácter, una persona, un yo, un espíritu, una fuente de actos—pues un hombre es lo que liga y da unidad a una serie de actos humanos, es la persona de una tragedia o de una comedia—, como lo fueron Zumalacárregui y luego Prim y muchos otros; pero Daoiz y Velarde no fueron dos hombres ni uno solo. Daoiz y Velarde no fueron más que un acto, y aun mejor que un acto diremos una escena, y ese acto lo mismo se podría llamar con nombre de personas: Daoiz y Velarde, que con una fecha: 2 de Mayo de 1808, que con una designación topográfica: Parque de Montealeón.

P.—Pero, ¿es querer rebajarlos?

R.—¡Español estás! Es decir, quisquilloso y receloso. No, eso no es querer rebajar el acto que llevaron a cabo; eso es querer ponerlos en su verdadero papel histórico. Ni Daoiz ni Velarde son para nosotros el hombre que fué Espoz y Mina, el que fué Zumalacárregui, el que fué Prim, y esto, para no hablar más que de guerreros. Daoiz y Velarde son casi dos héroes anónimos.

P.—Y tú no crees demasiado en el heroísmo anónimo...

R.—No; creo en el anonimato heroico, pero en el heroísmo anónimo, muy poco. Lo anónimo suele confundirse, dígame lo que se quiera, con lo inconciente. No, no creo mucho en el heroísmo anónimo. El héroe, el protagonista de la tragedia, lo es porque tiene conciencia del hado, del sino que sobre él pesa. El coro no suele tener esa conciencia. El héroe tiene que ser persona, carácter, manadero conciente de una serie de actos unificados y tendentes a un fin.

P.—¿Que es?

R.—La afirmación de la persona misma como tal, como fin en sí, como sujeto de la historia.

P.—Pero es que en un acto, en un solo acto, o si quieres en una sola escena, es que en una frase sola, en un gesto, ¿no puede revelarse y afirmarse una persona?

R.—Muy rara vez; casi nunca. Un estado de conciencia—lo que los ingleses llaman *feeling*—no es un alma. Hay individuos cinematográficos que se nos presentan en una serie de estados de conciencia, mejor o peor conexiónados entre sí, y que son, sin embargo, muy pocas personas. Y hasta pueden tener esos estados de conciencia unificados bajo una idea dominante, bajo una manía, como a los locos les sucede, y, sin embargo, no ser más personas que lo son los locos, los enajenados, los que están fuera de sí. Entre los que entran los ensimismados. Pero, volviendo a Daoiz y Velarde, te diré que éstos no son sino el Parque de Montealeón, el 2 de mayo de 1808. En aquel acto...

P.—¿Pero es que eso no ocurre en el orden del pensamiento?

R.—Y, ¿quién te ha dicho que el pensamiento no es un acto? ¿Quién te ha dicho que expresar un pensamiento, es decir, pensar, no es obrar? ¿No recuerdas lo del centurión del Evangelio (Mat., VIII, 9), «yo soy hombre bajo de potestad y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: «ve», y va; y al otro: «ven», y viene; y a mi siervo: «haz esto», y lo hace»? Y ahora hasta se habla de sugestión mental. Y es con ella con lo que la fe traslada las montañas. Y también en el pensamiento cabe el hombre que se reduce a un acto. ¿No has oído hablar de Arvers, el del soneto?

P.—¡No!

R.—Pues Arvers, el del soneto, es el autor del soneto de Arvers. Y Arvers se reduce a su soneto, y no es más que él; no es una persona.

P.—¿Pero es que no se encuentra una persona, toda una persona, bajo ese soneto?

R.—¡Bajo ese, no! ¡Bajo otros, sí! Bajo el soneto de Arvers no se encuentra más que un estado de conciencia que, prolongado, no llega a hacer una persona. Y en tanto, recuerdo, entre otros, un soneto de Alfieri en que está todo esto, todo el *alobrogo feroce*, que dijo Leopardi. Sí, en una obra, por pequeña que sea, puede encerrarse todo un hombre. Y por eso será la obra, por pequeña que sea, muy grande, porque encierra a todo un hombre. Así como se dice hombres de un solo libro—*unius libri*—aquellos que sólo uno conocen, podría decirse de aquellos que en un solo libro, aunque escribieran muchos, immortalizan su nombre, eternizan su personalidad...

P.—¿Es que es lo mismo eternizar la personalidad que immortalizar el nombre?

R.—¡Sí, en la historia, sí! Eternizar la personalidad en la historia es immortalizar el nombre en ella.

P.—Pero en religión cristiana, ya no.

R.—También. Salvarse en religión cristiana, es que Dios recuerde siempre nuestro nombre, es que nuestro nombre no sea borrado del Libro de los Vivientes, según dicen las Escrituras. «¡No te olvides de mí!», se le pide al Señor. Y cuando Jacob luchaba con el ángel del Señor, le preguntaba su nombre. El nombre es el símbolo de la sustancia personal. En el nombre va la persona.

P.—Entonces, Eróstrato, que quiso con un solo acto feroz salvar su nombre del olvido, ¿fué una gran personalidad?

R.—¡Y tan grande! De las más grandes de la historia humana. Porque Eróstrato es legión. Y la legión más viva, más humana, más histórica. Eróstrato no es legión anónima e inconciente, no es tropa de autócratas; Eróstrato es legión conciente, nominada; Eróstrato es pueblo y no turba; Eróstrato es *décreo*. Eróstrato, prendiendo fuego al templo de Diana, es el pueblo de París incendiando la Bastilla. Porque los que hablan a tontas y a locas de sí Eróstrato pegó fuego al templo de Diana no más que para perpetuar con ese acto su nombre, no se paran a reflexionar en si el templo de Diana merecía o no ser quemado.

P.—¿Y para qué?

R.—Aunque sólo fuera para que levantaran otro, y al levantarlo, lo aprendieran. Conviene destruir los viejos edificios, aunque sólo sea para que al reconstruirlos se enteren bien de ellos los que los reconstruyan. Y lo mismo sucede con las ideas. Y lo mismo con las instituciones. El hombre sólo aprende haciendo. Y la contemplación sería la muerte, si no fuera también un hacer la cosa contemplada. Porque la contemplación pasiva, puramente pasiva, es un absurdo y es una muerte. Tener conciencia es obrar.

P.—Entonces todo el que obra, tiene conciencia...

R.—Ya no es lo mismo. Todo tener conciencia de algo es un obrar pero no todo obrar es tener conciencia. Hay quienes obran sin clara conciencia de lo que obran. Y éstos suelen ser los héroes llamados anónimos. Que no es lo mismo que los héroes del anonimato.

P.—¿Y Daoiz y Velarde?

R.—No conocemos su historia lo bastante para saber si tuvieron o no clara conciencia de lo que hicieron y de su alcance. No sabemos si obraron en una embriaguez colectiva. Sabemos, en cambio, de la conciencia de Espoz y Mina, de Zumalacárregui, de Prim... Estos sí que fueron personas. Y el fin de la historia es la formación de la personalidad.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
MIGUEL DE UNAMUNO